

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

## MARLOWE CUANDO AMANECE

POR GABRIEL ALBIAC

«Y él ya no es él. Sólo la voz repetida de Marlowe, que lee en voz demasiado alta y que no escucha»

**E**STÁ leyendo a Chandler. La madrugada es fresca, demasiado tal vez para alguien de sus años. De los muchos que ha sido, le fue quedando, al cabo, la lúcida desgana que sabe irrenunciable: en el retrovisor, la vida tiene el tono de un ácido monólogo de Marlowe, Philip Marlowe, el tono indiferente de un demasiado triste y un demasiado largo adiós a lo no sido. «Hasta la vista, amigo» —silabea en voz baja—. «No le digo ahora adiós. Ya se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final».

Pasaron cuarenta años de vida previsible. Vive ahora en la certeza de nada leer nuevo, de releer tan sólo lo poco que le ha herido de la vida, mucho antes de que la vida fuera la lenta sucesión de engaños, de palabras que encubren más engaños. Duerme muy poco ahora. La madrugada es calma y amigable el silencio. Será rota esa paz, como un cristal que estalla, cuando el ruido retorne con la maldita luz: al ruido llaman vida. Y esas dos ho-

en distintas metáforas... *Mama, take this badge off of me...* «Madre, quítame esta insignia...» Él ya no recuerda aquello. No quiere recordarlo. Aún no había estudiado lo bastante para saber el mundo irremediable. ¿O, tal vez, había ya estudiado demasiado? Pasaron puede ser que muchos años: lo que en la memoria de un hombre se dicen muchos años y que es nada. Pero la luz es la misma. Y la melancolía. No, no es la memoria. Es un cierto destello en el fondo de los ojos lo que hiere a este hombre que camina sin ver nada en una mañana del Madrid de inicio del verano. Con los cascos del iPod bien calados y a un volumen imposible, justo el preciso para abolir el mundo. Con los cascos de caballos

gen de otras, perdidas, madrugadas en cristal de junio. Los consuelos clandestinos, la brumosa religión de rebeldía, la planificación oscura de un horizonte sagrado al cual daban refugio retóricas de revolución y mundo nuevo, los estallidos minúsculos que nada real salvaban, sí el aliento de una épica sin cuya escena la horrible telaraña de monotonías que era el crepúsculo de la dictadura —él era demasiado joven— lo hubiera asfixiado en su aburrimiento. ¿Cómo vivir sin suplencias de lo sagrado, sin ficciones sobre las cuales proyectar el sentido de lo épico? Ni siquiera la bala que pasó sobre la cabeza de él y de su amigo, para acabar incrustada en el techo de la Facultad en el 72, vale la pena de que él la recuerde ahora. Allí quedó, decidiendo, en su fatal torpeza, el destino de ambos: sobrevivir, para acabar viendo este mundo tan gris que abrió el tercer milenio. Con los años, los dos de aquel mediodía en la Facultad de letras habrán de saber que nada se hubieran perdido de importante. Salvo, tal vez, un poco de amargura; aunque también de eso se aprende. Sabrán los dos —y nunca hablarán de ello— que nada de cuanto hicieron sirvió para gran cosa. Ahora, mucho más tarde, empieza a sospechar que es lo único bello que les queda: no haber servido nunca para nada. Para

ras antes de la luz del verano, que corta como el hielo los perfiles del mundo, son lo único que importa, se dice, sonriendo con el diagonal rictus, casi una cuchillada, que él imagina en Marlowe cada vez que abre el libro. Y eso es su placidez: des-gana de haber sido. Nada más sobrevive a la erosión del tiempo. Puede que el hombre ignore que algo está barajando, en su recuerdo, sílabas de un portugués secreto y excesivo, al cual leyó hace mucho y que apenas recuerda: el «cansancio de todas las ilusiones y de todo lo que hay en las ilusiones y en su pérdida, en la inutilidad de tenerlas para perderlas, la amargura de haberlas tenido, la intelectual vergüenza de haberlas tenido sabiendo que tendrían un fin», habita la penumbra en torno suyo. Pero el desasosiego calla en su estantería.

A los veinte años, eso era literatura. Saberlo realidad fue cosa de una vida, ésta que ahora lo aburre tanto como el presente. Tan sólo en el crepúsculo alza su vuelo el búho de la sabiduría: eso enseñaba Hegel. Hegel, que ahora le había en la misma medida en que pudo exaltarle cuando era capaz de eso: demasiado solemne, rumia el hombre en lo oscuro. No hay grandeza, eso sabe, en proclamarse grande ni en que otros lo proclamen. Y él ya no tiene tiempo para grandilocuencias. Sólo para las mínimas, desgarradas constancias de un poli en la pendiente de todas las derrotas: Marlowe, que, si ha bebido, fue esa noche «nada más que Chanel número 5, besos, el brillo apagado de unas piernas bonitas y la invitación burlona de unos ojos azul oscuro. Cosas así de inocentes».

Philip Marlowe, desde luego, estaría escuchando a Charlie Parker, mientras prepara, minucioso, el primer café en su escueto apartamento de Yucca Trail, no demasiado lejos del mar de Santa Monica. Pero al hombre de este Madrid en el inicio de verano el jazz no lo conmueve demasiado. Otra cosa se repite en los auriculares a todo volumen de su iPod. Otras evocaciones. O puede que las mismas



desbocados en la sola música que lo conmueve. Como siempre... No es gran música, dirán otros con gangueo solemne. Pero es la suya. Y a los solemnes les pueden ir dando... *It's getting' dark, too dark for me to see...* «Todo se está volviéndose oscuro, demasiado oscuro para que pueda ver...» Ha visto declinar las cosas. Y, al cabo, permanecer idénticas. Es probable que lo hubiera leído ya entonces, en aquel hace mucho con cuya evocación la primera luz de una madrugada de verano lo atraviesa ahora, puede que lo hubiera leído en los pasajes bellos y misteriosos de Aristóteles, en los cuales creyó posible encarrilar, entonces, una vida inteligente. Pero Aristóteles era sólo letra escrita. Entonces. Que la podredumbre es el laboratorio de la vida se sabe sólo al final. Aunque él lo hubiera leído, of course, antes de cumplir los veinte. Y, en ese instante, ya no sirve para nada... *Mama, put my guns in the ground / I can't shoot them anymore...* «Entierra mis pistolas, madre. / No podré ya nunca volver a dispararlas...» No recuerda ahora siquiera haber querido dejar huella. Son cosas que se quieren sólo a los diecisiete. A su edad de ahora se quiere el olvido.

No aceptará que emerja en su memoria la ima-

nada, los solemnes desfiles en el París de cada mayo, hasta el muro de los fusilados de 1871, que él prolongaba luego hacia la más reconocible tumba de Jim Morrison. *Guns N' Roses* le ensordece ahora más el cerebro que los doloridos tímpanos: *...That long black cloud is comin' down...* «Esa gran nube negra está cayendo sobre mí...» Acabará por llover. Como siempre.

Otros sí sirvieron. A muy contables intereses. Para ellos la memoria: los que tuvimos la desgracia de vivirla en tiempo presente, se la regalamos, piensa; pueden meterse donde les quepa. A él eso ya le sobra. Si tuviera un televisor, podría ver a esas gentes complacidas alzar joviales teatros de triunfo sin combaté, a ser posible bien subvencionado. Si tuviera un televisor. Por suerte, no lo tiene. Vagamente recuerda que era una gravosa máquina con fofas imágenes en blanco y negro. Procura no escuchar, últimamente, ni siquiera la radio demasiado: reconocer las voces —pasa a veces— le hace daño; sobre todo cuando las voces mienten; casi siempre. Camina sobre la fría solidez del vidrio de una luz matinal que acabará por quebrarse. Como todo. A esta hora en la cual la avalancha de palabras no se ha tragado todavía el mundo. Lleva los cascos calados. Y el iPod, como siempre, a un volumen excesivo.

Y él ya no es él. Sólo la voz repetida de Marlowe, que lee en voz demasiado alta y que no escucha. Sólo el rodar, sobre la sobria negrura de Raymond Chandler, de tres versiones, en el iPod y contra la madrugada, de la glacial constancia de Bob Dylan: un hombre llama a las puertas del cielo. No hay respuesta. Y el eco de un viejo maestro bordeando sus tonos: «llaman a esto sociedad en paz, y es sólo desolación».

GABRIEL ALBIAC  
FILÓSOFO